

## AMÉRICA LATINA Y SUS INTELLECTUALES CONVERSACIÓN CON ALAIN TOURAINE

Por **Silvia Sigal**

—Me parece necesario comenzar con una reflexión general: la cuestión de los intelectuales latinoamericanos, no es solamente una cuestión de intelectuales latinoamericanos sino la versión latinoamericana de problemas que conciernen a los intelectuales en general dentro del mundo occidental. Por cierto hay diferencias en cuanto al aporte de los intelectuales según los diferentes países de América Latina, pero puede decirse que el bloque de la inteligencia latinoamericana es de una importancia considerable en la historia del gran proyecto de los intelectuales de izquierda. En América Latina, coma en Europa y en particular en Francia, el papel de los intelectuales fue *crear un mito*, es decir, integrar tres temas, que he llamado alguna vez modernización, nacionalismo, clase. Integrar, por ejemplo, el liberalismo modernizador y los movimientos revolucionarios, lo cual fue posible durante un siglo y que ya no lo es más. En América Latina, desde el movimiento de Córdoba al menos, se trataba de unir el tema modernizador, el tema de las clases y el tema nacional.

No olvido que hay intelectuales que no tienen que buscar la síntesis de esas tres cosas y que se colocaron en un lugar o en otro; ha habido intelectuales revolucionarios, ha habido intelectuales puramente democráticos y ha habido intelectuales, digamos, populistas —aunque estos sean los menos numerosos, ya que los populismos se caracterizan por su anti-intelectualismo—. Los ejemplos europeos no faltan. En América Latina sucedió lo mismo: hemos visto los intelectuales revolucionarios, o bien revolucionarios de un lado y guerrilleros del otro, del mismo modo que hemos visto intelectuales democráticos y, en fin, intelectuales "terceristas"... Pero, en América Latina lo mismo que en Europa, lo importante no es que haya quienes dicen revolución, democracia o movimientos de base, sino *quienes dicen las tres cosas al mismo tiempo*. Son quienes dicen “nuestro papel es integrar esos elementos”; y ¿por qué son éstos los más importantes? Para responder tenemos que volver a la situación de extrema autonomía de los intelectuales en los países dependientes. Ese rol mítico o profético de los intelectuales fue posible no sólo por la situación de las sociedades dependientes -que participan en el desarrollo capitalista, pero están, al mismo tiempo, excluidas de su centro- sino también debido a la desarticulación de las sociedades dependientes que otorga una sobre-autonomía a los intelectuales.

Cabe también recordar cosas conocidas; esos intelectuales son intelectuales de la burguesía, son intelectuales que viven en su inmensa mayoría inmersos en modelos europeos o internacionales, y diría más, viven en un medio democrático donde tienen capacidad de expresión que les permite, por ejemplo, publicar sus revistas en la Universidad de La Habana bajo Batista.

Son, si pudiera decirse, físicamente, en su personalidad, personas que sufren por la dependencia en tanto intelectuales de países dominados y que están al mismo tiempo íntimamente ligados a modelos occidentales. No olvidemos, por último, sus privilegios, que son considerables en relación con el mundo europeo y aun el norteamericano. Se trata de individuos que son al mismo tiempo ultramodernizadores y que quieren salvar la especificidad de una cultura nacional. La posición ambigua y hasta contradictoria de los intelectuales hace que sientan deseos de jugar ese rol de productores de mitos unificadores y que tengan el espacio para hacerlo dada la extraordinaria autonomía del mundo de los intelectuales respecto del mundo de la política y de éste respecto del mundo social.

Para resumir, creo conveniente subrayar que ese modelo latinoamericano no es un modelo en sí mismo, sino que se inscribe en un modelo más vasto, el del intelectual de izquierda, que se esfuerza por reunir los elementos del progresismo que la práctica histórica ha separado a lo largo de la historia del siglo XIX.

*—Me parece advertir una diferencia entre lo que Ud. afirma ahora, esto es la importancia de mitos unificadores de tres temas, y lo que ha escrito sobre la importancia del nacionalismo como mito unificador. Ahora Ud. presenta al nacionalismo como uno de los elementos que deben ser unificados.*

—No, creo que puede mantenerse la idea del rol central del nacionalismo. Es en este sentido que creo que la categoría de “dependencia” es central; la dependencia quiere decir la exterioridad y por lo tanto la prioridad de los problemas exteriores en relación con los internos, de los problemas de la colonización en relación con los del capitalismo. Expresiones como la de colonialismo interno no son aceptables —y lo son en escasa medida— salvo si muestran la penetración de una lógica anti-colonial antes que de una lógica de lucha social.

Es en el plano propiamente intelectual donde es necesario definir el rol de los intelectuales como el de la búsqueda de síntesis entre los tres principios de análisis.

En este sentido el libro de Cardoso y Faletto es ejemplar. Acabo de leerlo por cuarta vez y, una vez más, lo cierro diciéndome, ¡qué hermoso libro! ¡qué placer! Y, ¿cuál es su aporte? Tomemos el debate sobre la dependencia; hay quienes hablan sólo de dependencia, hay quienes afirman enfáticamente que se trata de capitalismo tardío y también podría imaginarse la existencia de quienes critican todo esto en nombre de la tendencia hacia la democratización. Lo que hace de este libro un libro crucial es que afirma la unidad de los tres temas, que es imposible –y desafío a hacerlo– leerlo atentamente y decir cuál es la posición de sus autores. Lo que Cardoso y Faletto dicen es que todo está ligado y que no puede hablarse de lucha de clases o de situación económica sin hablar de capacidad de influencia política, o sin hablar en términos de dependencia. Lo que este libro afirma es la interdependencia mítica de los tres elementos de análisis.

La contrapartida del carácter mítico de la producción intelectual son, como todos lo sabemos, los cismas, las herejías, los desgarramientos, los sufrimientos intelectuales de quienes se encuentran siempre en la posición de un cochero que guía tres caballos, tres caballos que pugnan por lanzarse en direcciones diferentes. Desde un punto de vista práctico esto quiere decir que una gran parte de la historia de las ideas en América Latina debe ser interpretada no según su contenido, sino en su función de resolución de las contradicciones internas de la producción mítica. Esta, como toda producción mítica, exige que se arroje constantemente paquetes de ideas, de nociones, paquetes de significantes flotantes –como diría Lévi-Strauss– en ese agujero sin fin, porque no se termina nunca de “pegar” esos tres pedazos, que cambian según las coyunturas, las alianzas, la situación económica, etc.

Es por eso que cuando se mira la producción intelectual latinoamericana se advierte que es una producción a la vez *intensa* –constituida por debates interminables– y relativamente *inmóvil*, porque ya se sabe, desde luego, cuál es el campo. Y éste no es de ninguna manera una sucesión de ideas, como puede encontrarse en cierta historia de la filosofía, esto es, primero Hume, luego Kant, luego Hegel, Fichte, etc.

No, el campo intelectual latinoamericano está *dado*. El análisis de la vida intelectual debe ser hecho fundamentalmente de manera sincrónica: lo que se dijo en 1958, lo que se dijo en 1972 no cambian nada fundamental. Hay un campo de la problemática latinoamericana que no cambia aunque presente variantes; los temas se suceden, pero los términos permanecen, es realmente un conjunto estable.

— *Para retomar sus propios términos, ¿cree Ud. que puede afirmarse lo mismo para una sociedad dependiente que para una sociedad periférica?*

— No, aquí hablo del modelo clásico que me he esforzado en expresar en términos intelectuales, es decir por su pertenencia al gran modelo de los intelectuales de izquierda; lo que le estoy diciendo de los latinoamericanos puedo decírselo de los franceses. En cierto modo las cosas no han cambiado desde Anatole France o Romain Rolland hasta Sartre. Por supuesto, en un caso se habla de los obreros y en el otro de los argelinos, pero el problema planteado es siempre el mismo. Y es considerable. Se trata de la unidad de temas cuya importancia no es solamente mítica, sino que tiene repercusiones importantes sobre la práctica social ya que la producción intelectual se da en sistemas políticos muy reducidos, y esto es más nítido aun en América Latina. Y donde, por lo tanto, el “*hors jeu*” es muy importante, en un mundo donde las demandas sociales son muy superiores a la capacidad del sistema para articularlas, se acentúa el rol de los *go between*, que están en esa inmensa zona donde se va a tratar de hacer institucional, aunque más no sea por la palabra, la entrada al campo público de esas demandas. Exactamente como los populistas rusos empiezan a hablar en nombre de los campesinos —de los cuales nadie habla y que carecen de una tribuna pública— los intelectuales franceses comienzan a hablar del movimiento obrero que era considerado como un tema prohibido en la época posterior a la Comuna.

Si puede hablarse de una motivación poderosa en los intelectuales latinoamericanos, es justamente la de poder hablar en nombre de los obreros, de los campesinos, de los indígenas, y encontrar explicaciones de la dominación que echen por tierra las racionalizaciones de la burguesía o de la oligarquía que manejan ese sistema político tan restringido.

Esto lo sabe Ud. mejor que yo. Aun en Chile, si recuerdo bien, el número de electores debía estar, después de la guerra, alrededor del 15%. Y lo mismo para el Brasil.

— *No puede afirmarse lo mismo de un caso como el argentino.*

— Por supuesto, pero la Argentina fue y sigue siendo un caso aparte, excepcional, no solamente en América Latina sino en toda América.

— *¿Esta búsqueda de unidad no se diferenciaría de su equivalente en otras regiones del mundo por tratarse de una unidad dada por la forma del discurso, por la utilización de teorías totalizantes, que ya dan por supuesta la respuesta a los diferentes problemas? ¿No puede pensarse que esto está en relación con la incapacidad casi*

*general de los latinoamericanos para interrogarse sobre el futuro, sobre el tipo de sociedad en la cual quieren vivir?*

—No sé, no estoy muy seguro. Le doy la razón en un punto: dada la extrema autonomía de los intelectuales, se produce una especie de irresponsabilidad, ya que cuando hablamos de mitos no estamos hablando de la práctica. Pero, a la inversa, los intelectuales latinoamericanos, si tomamos el término en un sentido lato, han estado ligados durante largos períodos con la práctica política. Tomemos un caso ejemplar: la Reforma Universitaria en Argentina. ¿Qué es lo que caracteriza a Córdoba? Que Ud. tiene ya allí, exactamente la misma tridimensionalidad; se encuentra la corriente que se llamará "marxista", la comente que se llamará "arielista" —o sea quienes ya piensan en términos de abertura, de modernización— y finalmente la dimensión nacionalista, cuya presencia es más clara cuando se tiene en cuenta el efecto de la Reforma en países como Perú o Venezuela. Dicho de otro modo, Córdoba es una gran práctica, no es solamente un movimiento de estudiantes, sino toda la formación de la política de las clases medias de la mitad del continente. El caso del ISEB, que no es una práctica sino un discurso, muestra también la inseparabilidad de los temas, así como la historia económica del Brasil se caracteriza por la presencia en el poder, simultáneamente, de "nacionalistas" y "entreguistas". Aún más, creo que la mayor parte de los intelectuales sienten, en su persona, ese desgarramiento, y no es difícil encontrarlos defendiendo posiciones diferentes según el contexto; pero sería erróneo hablar de un doble o un triple juego, se trata de una situación que los lleva a enfrentarse con la existencia de los tres temas.

Y lo mismo puede decirse de Sartre, pero en el caso latinoamericano esto es más claro. Yo diría que allí lo que es más mítico es a menudo lo más real, ya que, como lo han señalado diversos autores, los actores económicos son actores poco reales, esto es que el actor económico no es un actor político, que no hay una ideología de la patronal.

Los actores ideológicos son más reales, desde un punto de vista sociológico, que los actores económicos.

Lo que caracteriza a América Latina —y podría decirse lo mismo de Asia— es que se trata de países independientes que tienen una conciencia de unidad que no se encuentra, por ejemplo, en muchos países africanos.

Ahora bien, esta unidad está dada por dos agentes en América Latina: los intelectuales o las Fuerzas Armadas. Y esto porque los estados que surgieron después de la independencia no tuvieron otra realidad que la realidad militar. No tenían realidad económica ni administrativa; en casos tan diferentes como el chileno y el brasileño es necesario reconocer que la unidad nacional no existe sino a través de las armas. Y esto es visible de múltiples maneras, aunque más no sea por la multiplicidad de monumentos, porque en Chile Arturo Prat está en todas partes, así como lo está la guerra del Pacífico. Durante una estadía en California, para dar otro ejemplo, participé de la gran fiesta nacional de los mejicanos y chicanos cuyo origen ignoraba hasta enterarme que coincidía con el día en que los mexicanos habían echado a esos cochinos franceses. Toda la historia nacional, toda la conciencia nacional es puramente militar. De donde esa actitud tan particular respecto al ejército en diferentes países; sin duda Ud. puede decirme que lo mismo sucede en Europa, pero hay una diferencia importante: Francia tiene seis siglos de integración nacional, Alemania, a pesar de las divisiones, tiene en común la lengua y la cultura... Los países latinoamericanos, en cambio, no tienen una unidad social, económica o administrativa sino una unidad militar y una unidad mítica, esto es, una unidad constituida esencialmente por los intelectuales. Y esto, entre otras cosas, desencadena un fenómeno que es esencial: la Universidad.

*—¿Cómo compatibiliza Ud. esa diversidad de la que hablaba y el pensamiento doctrinal?*

—Es justamente ese aspecto doctrinal, mítico, el que permite unificar la diversidad. Mítica es la explicación, doctrinaria es la forma de expresión.

Y aquí me refiero a la diferencia que yo establezco entre ideológico y doctrinario. No se trata de un pensamiento ideológico, en el sentido banal del término —la situación tal como es vista por el actor—; hablar de ideológico equivale a preguntarse ¿al servicio de quién?, ¿o de qué? ¿Cuál es el actor cuyos intereses son defendidos? Y podemos encontrarnos con una ideología patronal, una ideología obrera, una ideología tecnocrática... Pero lo sorprendente en América Latina es que los intelectuales no son los intelectuales de alguien, no son la expresión intelectual de la burguesía o de un sector de ella, o del aparato de Estado... Nunca. Cuando hablan en nombre de actores es para substituirse a ellos y, desde este punto de vista, todo intelectual latinoamericano se propone ser el poder. Están más próximos de casos como el de Diderot o el de Voltaire aconsejando a Catalina o a Federico. Esto da a los intelectuales latinoamericanos ese aspecto fascinante, renacentista, de personas que piensan siempre el todo, que participan de todo, una plenitud que no es solamente doctrinal sino de vida.

Pienso que todo intelectual latinoamericano en tanto tal tiene una conciencia profunda de ser la unidad, casi la única unidad de su Nación; de ser el responsable de la creación, de la invención de su país. A través de ejemplos menores y a veces decisivos, puede advertirse que los intelectuales latinoamericanos tuvieron siempre conciencia de su importancia y, por otra parte, es sorprendente la manera como la gente habla de *sus* intelec-

tuales; los intelectuales fueron dioses en América Latina. Y no me refiero al aspecto tradicional, no. Me acuerdo siempre de una conferencia de Fernando Henrique en San Pablo, en la mala época; había una muchacha próxima a mí a quien le pregunté por qué había venido y que me contestó: "Porque Cardoso dice la verdad". ¿Qué intelectual no sueña con que le digan eso? Pero hay que ser latinoamericano para ello. Los ejemplos abundan, y sin ir más lejos estuve hace tres semanas en una *soirée*, organizada por los comunistas en ocasión del décimo aniversario de la muerte de Neruda, en Chile; en el salón había un Neruda en madera de diez metros con una frase, "la Nación saluda a su poeta". Los chilenos tienen la capacidad de crearse, cosa que admiro, sus mitos nacionales; crearon a Neruda y ahora se han creado otro, Violeta Parra, quien es ahora un símbolo nacional de la misma manera que Víctor Hugo lo fue para Francia.

Esto es probablemente menos cierto en países como la Argentina, donde, como todos saben la separación entre la economía y la sociedad hace que la identidad argentina sea menos neta y que exista un problema de hegemonía; es central para entender ese país recordar que nunca hubo un clan o grupo hegemónico, que los que tuvieron el poder económico no tuvieron nunca el poder social, lo cual no es cierto ni para Brasil, ni para México, ni para Colombia y ni siquiera para Chile.

Resumiendo, lo que me parece importante es ver qué pasa en América Latina, después de haber comprobado la ruptura en Europa de las tres dimensiones. En Francia vemos a los demócratas puros, representados, por ejemplo, por Claude Lefort y vemos la reaparición de un análisis autónomo de las instituciones políticas respecto a su papel de representatividad social; en segundo lugar vemos a los reformadores, o sea quienes van a entrar en el aparato del Estado, los modernizadores. En tercer lugar, se observa el retorno de los libertarios; en efecto, si Michel Foucault es y seguirá siendo una figura central es porque prácticamente sólo él hizo el pasaje del terrorismo crítico del "todo es lenguaje" a la posición libertaria.

Lo que me resulta menos claro, porque no he reflexionado hasta ahora sobre ello, es la cuestión de los equivalentes de estos tres pedazos en América Latina. Ud. me hablaba antes del pasaje de las sociedades dependientes a las sociedades periféricas. Creo que estamos ante una coyuntura importante en la cual la cuestión de la deuda externa, por ejemplo, es una redistribución neta de recursos en el interior del mundo occidental por razones geopolíticas; encarna la tendencia a la integración de países como Brasil o México en el mundo occidental desarrollado. Creo importante subrayar que asistimos a un desgarramiento del Tercer Mundo y a la capacidad limitada de América Latina para entrar en el grupo de los nuevos países industriales; esto quiere decir que puede haber una gran variedad de países de los cuales algunos serán fuertemente incorporados dentro de veinte años en el mundo industrializado occidental y algunos que quedarán al margen. Es notable que América Central y el Caribe, de quienes no se hablaba casi, reaparezcan o bien que se plantee el interrogante sobre la extrema fragilidad de países como Venezuela.

En fin, que países como México, Brasil, Argentina y, por otras razones, Colombia y Ecuador —sin olvidar el Uruguay que debería renacer, aunque más no sea como consecuencia de la situación argentina— son países que pertenecen de más en más al primer mundo. Puede pensarse entonces que las tres formas de separación del tronco común deben poder reencontrarse allí: esto es, demócratas puros, reformadores y libertarios.

Sin embargo, no pienso que se pueda tomar esas tres categorías como seguramente pertinentes. Una de ellas lo es sin duda: los reformadores; los argentinos caen velozmente en ella, es la elección de Fernando Henrique y es una tendencia predominante en Chile. ¿Hay un aspecto puramente liberal, la defensa de la democracia pura? ¿Y qué decir del elemento libertario?

Quisiera aquí subrayar algo que tiene una realidad muy nítida en América Latina y que se llama la Iglesia Católica.

La descomposición de la Iglesia, de la "cristiandad", dio lugar por un lado a la secularización; por el otro, naturalmente a la teoría de la liberación y, finalmente, al aspecto que yo llamo libertario. Este se manifiesta por la aparición de intelectuales *contra el poder*, aspecto evidente en Brasil o en Chile, sin duda no en Argentina. ¿Quién hubiera dicho hace treinta años que la Iglesia jugaría el rol que juega actualmente? Absolutamente nadie. Cuando digo "contra el poder" me refiero al aspecto Thomas Beckett, la *conciencia*. Lo que hace que América Latina sea hoy un continente donde la gente se refugia en las Iglesias. Lo esencial es que en los últimos diez años la única resistencia constante, vigorosa y central contra el totalitarismo fueron los derechos de la conciencia. Y diría de Amnesty lo mismo que de la Iglesia. En el caso argentino pienso inmediatamente en el fenómeno de las "locas de la Plaza de Mayo", algo que quedará como una de las grandes imágenes de la historia que será enseñada a los niños de la misma manera que Juana de Arco, si, como yo creo, lo que es mítico o simbólico ocupará un lugar importante en la historia.

Entonces, volviendo, el intelectual como la conciencia contra el poder, está allí. Y el costado liberal está presente de manera más simple; si tomara en particular el sur del continente y preguntara a mil intelectuales: ¿cuál es el objetivo primero, la revolución o la democracia?, tendría hoy 900 respuestas por la democracia. Y esto es un hecho totalmente nuevo; hace diez años nadie hubiera respondido así ya que la democracia era considerada sólo

como la democracia burguesa.

Le diría, invirtiendo mi primera reacción, que esas tres tendencias existen en América Latina y, lo que es más importante, los mitos unificadores, la referencia a lo global, a lo totalizador ha desaparecido.

Para resumir, entonces: en América Latina, donde existía la prioridad de los mitos integradores, han desaparecido hoy completamente esos llamados a la totalización. La gente es una cosa, o la otra, o la otra. No les molesta en absoluto ser un reformador o ser lo que yo llamo un libertario –sobre todo si son cristianos– o ser alguien que habla en términos de democracia, de representación, de elección de institución, de derecho. Y agregó, para completar, que lo que se manifiesta también es la profesionalización del intelectual. Por primera vez escuché en Santiago conferencias de sociólogos o de economistas jóvenes que eran chatas como esta mesa, llenas de cifras. En fin, tan excesivas en este sentido como en el otro hace 15 años.

–¿Podría decirse entonces que ha habido una evolución de lo ideológico hacia la profesionalización?

– Yo no lo diría así; diría que ha habido una evolución de lo ideológico y lo mítico como principios totalizadores hacia el estallido de sus componentes, uno de los cuales es la profesionalización, otro el espíritu libertario, otro el democratismo y otro el espíritu reformador (en el sentido de hacer penetrar demandas y fuerzas sociales en el sistema político). Y todo esto en forma más moderada, si puede decirse así, en todo caso más próxima a las prácticas. Es el pasaje de la unidad del pensamiento, del mito o de la ideología a una multiplicidad de prácticas, que pueden ser prácticas políticas (cuando hay integración a partidos que pueden ser electos) o bien una práctica profesional o bien una práctica de defensa de los derechos del hombre (que no se confunde con las dos anteriores).

– *Y en ese momento dejan de ser, paradójicamente, una intelligentsia...*

– Sí, efectivamente. En fin, no puedo decir mucho acerca del modo en que todo esto se ha producido, ya que mi contacto con América Latina ha sido menor y más esporádico en estos últimos diez años. Pero tengo la impresión que durante ese período no ha pasado mucho, no sé cuál es su impresión... No pasó gran cosa, intelectualmente: póngame sobre la mesa los libros importantes producidos en América Latina. Si tomo por ejemplo un tema que ha sido central, lógicamente, como es la cuestión del Estado autoritario, en fin... la producción me parece débil.

Para resumir, creo que la historia de las ideas en América Latina es la historia de la descomposición del antiguo modelo —descomposición no en sentido peyorativo— y su reemplazo por esta multiplicidad de formas particulares y sin principio de unidad. Y cuando Ud. dice desaparición de la intelligentsia pienso que esto es evidente, que no tienen hoy el papel que tuvieron, que hoy la gente se interesa más por lo que hace o dice Fernando Henrique, o Alfonsín, o Valdez.

–*A partir de su enfoque pueden hacerse dos afirmaciones contradictorias en lo que hace al campo político-ideológico: una que está desarticulado o dualizado, como lo están las relaciones de clase; la otra que, dado el rol unificador de las ideas, está el mismo unificado.*

—Si nos referimos a la situación actual, le respondo que está totalmente no unificado; si nos colocamos en la situación clásica, está claro que existía un debate latinoamericano respecto al cual se medía todas las posiciones y todos los trabajos.

En este sentido no se diferencia substancialmente de lo que sucede en Francia, con las mismas consecuencias que aquí. ¿Por qué encontramos esas luchas por el poder en la intelligentsia francesa? No porque la administración francesa sea centralizada sino porque el razonamiento de todos era de tipo unitario, todos esperaban encontrar la piedra filosofal. Hemos vivido así la época de los gurús después de 1970, cuando una semana era Lyotard, la otra Guattari, luego otro...

Era la búsqueda *del* centro, cuando no había, evidentemente más un centro después de la muerte de Sartre.

En América Latina lo central es hoy, evidentemente, el proceso político, la democratización; son palabras como éstas las que ocupan el lugar central y los intelectuales se encuentran, al igual que en Francia, en una situación de pérdida de un lugar de unidad. Me parece que esto es esencial. La gente, aun en el plano de las relaciones interpersonales, se devora menos, porque se admite que hay esta diversificación; no sólo en el sentido de decir éste piensa así, el otro de otro modo, sino afirmando que éste tiene tal rol en la sociedad y que otro posee otro rol. Tanto que se puede temer, en América Latina como en Francia, una especie de sobrevalorización de los expertos.

— *Quisiera volver sobre un aspecto; ¿cree Ud. que las tendencias que señaló se aplican por igual a los*

*intelectuales de izquierda y a los de derecha? Porque pienso que estamos ante fenómenos de politización entre los intelectuales que son nuevos.*

— Es que los intelectuales que podían ser llamados de derecha en América Latina eran en lo esencial los agentes de administración de la oligarquía, como es evidente en Brasil o en la UNAM entre las dos guerras. En Argentina, en fin, Argentina es un caso especial dada la intensa vida política. Pero lo que me parece que hay que señalar es que los intelectuales de derecha, en el sentido tan francés del término, constituyen un fenómeno, en el fondo, nuevo. Había tradicionalistas y ahora, para hablar brutalmente, hay fascistas.

Tomemos un ejemplo realmente extraordinario, el de los "Chicago boys", que no son de ningún modo "técnicos", sino que se trata de un grupo perfectamente constituido y que se diferencia del fenómeno Martínez de Hoz en Argentina. Había aquí un proyecto político que se llamaba Martínez de Hoz, que se apoyaba en la idea de llevar el péndulo hacia el lado de la gran burguesía agroexportadora, con la ayuda de técnicos; pero Martínez de Hoz no fue nunca un técnico. En cambio en Chile, el régimen Pinochet es ante todo Pinochet y es sólo él quien firma un acuerdo con los Chicago Boys, que existían antes de 1973. Y estos tuvieron el poder absoluto, no hubo nunca un Martínez de Hoz entre los dos. Con Castro no fue nunca eso. Y entonces el plan económico se convirtió en el plan político, ya que no existía, obviamente, un proyecto político. En este caso se puede ver la constitución de un grupo de intelectuales de derecha, fenómeno que es en lo esencial nuevo, pues aquello que existía hasta entonces era La derecha "tradicionalista". En cambio aquí se trata de modernizadores, a veces de fascistas, a veces no (en el caso de los Chicago boys no se puede de ningún modo hablar de fascistas).

— *¿Se trataría de una cuarta dirección en las nuevas orientaciones de los intelectuales?*

—No necesariamente; se trata de una variante dentro de lo que yo llamo los reformadores, ya que hay reformadores de izquierda y reformadores de derecha.

Esto es esencial, y por ello es inquietante la situación del mundo universitario; saber si ese mundo, que estuvo asociado a la dominación de los intelectuales míticos, podrá recrearse, o si estará dominado por el puro profesionalismo, por el puro reformismo o si va a ser capaz de organizar la convivencia de esas tendencias. En el caso argentino el problema me parece muy grave, ya que me parece muy difícil reconstruir la Universidad de Buenos Aires, y algo semejante puede afirmarse para Santiago de Chile. Sin duda se multiplicarán los grupos de profesionales o de intelectuales, pero el ejemplo español muestra la dificultad para recrear una estructura universitaria.

Para La Argentina quisiera subrayar hasta qué grado el momento actual está dominado, desde el punto de vista de la vida intelectual, por el cambio de régimen. Aunque las dificultades económicas que enfrenta Alfonsín son considerables, me parece que por primera vez, después de mucho tiempo, la Argentina —es decir el país moderno por excelencia— tiene condiciones políticas que corresponden en gran medida a su realidad económica y social. Esto debería permitir una reintroducción de los intelectuales en la vida social, lo cual no excluye, como Ud. lo dice, una fuerte diferenciación interna.

Pero volviendo al caso de la Universidad, es indudable ese formidable fenómeno que es la existencia de grupos o pequeños institutos: allí está la vida.. Pero como el modelo universitario está en crisis en todo el mundo, hay que tener hoy una capacidad de acción realmente poderosa para salvar la Universidad. El modelo universitario está seriamente afectado —y esto en un nivel mundial—. Creo que es necesario luchar, hoy, por salvar el modelo universitario allí donde existe, por crearlo donde no existe y por hacer que la gente tenga conciencia de las consecuencias gravísimas de la ausencia de una universidad, como es el caso actualmente en Francia.

— *Una última pregunta, ¿qué haría Ud. si fuera un latinoamericano, hoy?*

— Escribiría libros. Quiero decir que creo fundamentalmente que esto que yo le digo así, hay que decirlo bien alto: hay que pensar la sociedad latinoamericana. Es una sociedad que ya no está pensada.

Las sociedades necesitan personas que reflexionen sobre su sentido. Una sociedad que está privada de su propio sentido es una sociedad ciega y, hoy, es necesario hablar de la fractura a la que me he referido y, más aún, hay que *revelar* esa fractura, hay que decir qué significa, qué tiene de coherente, qué posee de vivible y llegar a hacer una crítica histórica de todo lo que ha sucedido: había un modelo, este modelo entró en crisis y, entonces, cómo hay que concebirlo hoy, cómo reconciliar la vida intelectual con el conjunto de la sociedad.

Todo esto me parece absolutamente esencial. Si yo fuera un intelectual latinoamericano no entraría en política, esto es seguro.

Pienso que es perfectamente conveniente y deseable que muchos entren en la política, pero digo —porque creo fundamentalmente en el conocimiento, en la reflexión, en la libertad del espíritu— que hoy es el momento, hoy o nunca.

En cambio, como intelectual latinoamericano consideraría como una tarea prioritaria la reconstrucción de las grandes instituciones universitarias del continente.

París, noviembre de 1983.-